

Dos ensayos bibliográficos sobre la crisis mundial

Hacia fines de 2007, estalló en Estados Unidos una crisis económica y financiera que pronto cobró carácter internacional, y cuya clausura aun hoy, un trienio más tarde, no se halla a la vista. Por su profundidad inicial, duración y alcance, esta afectando de una manera u otra a casi todos los países del planeta. Algunos autores, como Krugman o Eichengreen, comparan a esta crisis con la Gran Depresión de la década de 1930. La rápida acción coordinada del G20 a poco del estallido, y los rescates del sistema financiero, financiados con fondos públicos, evitaron, al menos por ahora, que la Gran Recesión se transforme en algo todavía peor. Pero el desempleo se mantiene elevado, sobre todo en Estados Unidos, en algunos países europeos y en las economías más ligadas a ellos. Las devaluaciones competitivas comienzan a remedar la guerra de monedas de los años treinta. Los Estados que se endeudaron para absorber las pérdidas de los bancos y de otras entidades en quiebra ya están aplicando ajustes fiscales, recortando empleo, gasto público, transferencias de seguridad social y lo que queda del Estado de Bienestar. De modo que se avizora una agudización de los conflictos económicos, sociales y políticos, en torno a cómo y quién paga el costo de la debacle financiera y de los desequilibrios acumulados.

En este contexto, el tema de las grandes crisis internacionales ha cobrado creciente importancia, dando lugar a la publicación de numerosas obras en torno a esta cuestión. Dos de ellas, recientemente publicadas, se reseñan en esta sección de ensayos bibliográficos: *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, de Mario Rapoport y Noemí Brenta; y *Las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*, de Carlos Marichal.

Mario Rapoport y Noemí Brenta. *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial Le Monde Diplomatique-Capital Intelectual, 2010, 364 páginas.

Encaramos el tercer milenio como aquél irlandés del cuento a quien, tras preguntársele el modo de llegar a Ballynahinch, se le oyó decir, no sin previa cavilación: si yo fuera usted, no partiría de aquí.

Eric J. Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*

A causa de su profundidad y la incertidumbre sobre su evolución y consecuencias, la crisis económica iniciada en 2007 ha recibido una gran atención por parte de estudiosos de las más diversas disciplinas, así como por los responsables de la conducción económica y política de distintos países y organismos internacionales. Circula actualmente un importante número de ensayos y libros en los cuales, desde diferentes enfoques y con distintos grados de precisión, el fenómeno es interpretado y sujeto a prospectiva, en no pocas ocasiones sin tomar en cuenta su complejidad.

En medio de esta explosión editorial, *Le Monde Diplomatique* ha publicado el libro *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, escrito por dos prestigiosos investigadores argentinos, Mario Rapoport y Noemí Brenta. La obra es el fruto de una exhaustiva investigación que se distingue por abordar el tema desde un enfoque histórico, comparativo y multidisciplinario. Perspectiva poco trabajada, compleja y que implica un gran desafío, pero que a cambio contribuye en mucho a la comprensión de la materia examinada y da paso a nuevas reflexiones.

Vale anotar desde ahora que, contrariamente a lo que pudiera suponerse, el rigor académico del estudio no es un impedimento para que el libro pueda ser leído por los no iniciados en el lenguaje económico. Por el contrario, buen cuidado tuvieron los autores en ir explicando en cada caso, sin que apenas se advierta, las teorías y los conceptos con que el mundo de la economía nos ha saturado en los últimos tiempos.

Desde el primer párrafo de la introducción, Rapoport y Brenta hacen explícita la tesis central de su estudio, la cual rescata de los estrechos límites de la coyuntura los orígenes de la crisis actual, la más profunda desde los años treinta, y su indefinido futuro: "Las sucesivas crisis -señalan-, aún las locales o regionales, que afectaron la economía mundial y se repitieron con llamativa periodicidad en las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, no fueron hechos aislados. La crisis que estalla en 2007-agregan-, se parece más bien a un tren que viene de lejos y descarrila por etapas en el curso de una loca carrera hacia un destino incierto." A partir de esta sugerente interpretación, los investigadores universitarios, se proponen examinar la crisis contemporánea comparando históricamente las tendencias cíclicas del capitalismo y la forma en que se produjeron las distintas crisis. Su periplo lo realizan del presente hacia el pasado, con el fin de llegar a la

esencia del problema “donde se ocultan los elementos más antiguos y profundos de la crisis.”

Todavía en la introducción los autores anticipan también, como efectivamente lo harán a lo largo de su exposición, que en el estudio de las grandes crisis además de la economía, habrán de incorporar los aspectos políticos y sociales de mayor relevancia; el contexto internacional y las coyunturas internas, así como el examen de las principales corrientes del pensamiento económico y las políticas económicas predominantes en cada época. En otras palabras, en oposición a los enfoques reduccionistas -como el paradigma neoclásico dominante en nuestros días- integran en su estudio las diversas dimensiones de la realidad y de su dinámica.

Antes de entrar de lleno al análisis del tema, en el primer apartado del capítulo I, Rapoport y Brenta realizan una revisión teórica-conceptual de los ciclos económicos y las crisis; sus características y sus distintas fases en el desarrollo del capitalismo, a partir de las aportaciones de las distintas escuelas de pensamiento y de sus autores más representativos, que continúan en los otros capítulos para cada una de las grandes crisis. Su inclusión es particularmente atinada a fin de acercar a la temática aquellos jóvenes economistas que fueron víctimas de su eliminación en la currícula de un número significativo de instituciones dedicadas a su adiestramiento, cuando la corriente dominante creía que el mundo había llegado a lo que Francis Fukuyama llamó en 1992 “el fin de la historia”. Pero ha sido la misma historia la que ha vuelto a mostrar que la economía de mercado tiene algunas reglas y una de ellas es su comportamiento cíclico. No extraña entonces que, frente a la crisis que hoy en día padecemos, sean cada vez más las voces que, como la de Paul Krugman, llaman a replantear el contenido y el propósito de la enseñanza de la economía.

Dada la extensión y complejidad de la obra, no parece prudente intentar resumirla en estas pocas páginas. La reseña de su introducción y de la riqueza interpretativa que ofrece su metodología de análisis y exposición parecerían razones suficientes para percatarse que se trata de un libro importante, tanto por la nueva lectura que brinda sobre las crisis, en particular sobre la actual, como por las reflexiones que del mismo se desprenden.

Además de la introducción, las conclusiones y una amplia y actualizada bibliografía, el libro consta de cinco capítulos, ordenados conforme al plan de la obra de ir del presente al pasado: I. Las crisis del capitalismo en una perspectiva teórica e histórica; II. El neoliberalismo y sus crisis; III. La crisis mundial de 2007-2010; IV. Las crisis de los años setenta y ochenta y 1929, la primera gran crisis del capitalismo contemporáneo.

Como los títulos apenas insinúan la riqueza temática de cada uno de ellos, no está por demás anotar que tempranamente, en el primer capítulo, Rapoport y Brenta se ocupan del estudio de la evolución y análisis comparado de las crisis del capitalismo. Desde nuestra particular opinión es quizá, sin demérito del resto de la obra, la parte más sugerente y propositiva desde la perspectiva de los ciclos

económicos, así como de las similitudes y diferencias entre las distintas crisis. Entre las primeras sobresale el elevado desempleo, la acentuada desigualdad en la distribución de los ingresos y una notable inestabilidad que precedieron a la gran crisis de 1929 y a la hoy presente. En alguna forma, este apartado es una vigorosa síntesis analítica del libro.

Interesa subrayar también que, tal vez por su condición de latinoamericanos, en las secciones donde los autores analizan el comportamiento de las naciones atrasadas, en especial las de América Latina, no aparecen estas a modo de un telón de fondo al estilo de los coros griegos, como en ocasiones sucede en los trabajos abocados al estudio del ámbito mundial. En contraste es posible apreciar claramente la dinámica interna de los países de la región, sus particularidades y sus interrelaciones con el proceso global. De esta forma puede valorarse en su justa dimensión, por ejemplo, el hecho de que los períodos de crecimiento de la economía estadounidense coincidan con crisis profundas en la periferia.

Tampoco puede dejar de mencionarse que el análisis y la descripción narrativa se condensa en un número importante de cifras, cuadros estadísticos, gráficas y recuadros de texto. Estos últimos constituyen pertinentes síntesis e incluso estudios de caso: *Características de la globalización neoliberal de fines del siglo XX y comienzos del XXI*; *Diez razones para explicar la crisis*; *Auge y caída de Enron y Parmalat*; *Especulación y especuladores*; *Los efectos del modo de producción y de consumo sobre el medio ambiente, la población y los recursos naturales*; *Plan de rescate y ajuste de la economía griega según el FMI*; *Cronología de las políticas de intervención ante la crisis*. Entre las gráficas se encuentran algunas de una gran riqueza visual. Tal como la número 8 del capítulo I, titulada *Burbujas especulativas y crisis en el mundo, 1970-2006*. En ella, de una sola mirada se observan las oscilaciones financieras cíclicas más importantes a nivel mundial ocurridas durante ese período, así como 18 burbujas y crisis, cada una de las cuales será analizada en profundidad en los capítulos III y IV, dependiendo de su ocurrencia temporal.

En este caso, narración e imagen constatan, como concluyen Rapoport y Brenta, que la crisis de 2007 fue precedida desde mediados de los años setenta por una sucesión de crisis de distinta magnitud y duración en diversos países o regiones. Ratifica también su observación sobre el comportamiento económico y financiero altamente inestable, inherente al esquema neoliberal, y lo incomprensible que resulta el que la crisis no se haya previsto; lo mismo que sucedió en 1929. En realidad, desde una visión histórica, el cuestionamiento pertinente ya no era si habría o no una nueva crisis, sino en qué lugar y cuándo se iniciaría. Todavía más, que Estados Unidos estaba en recesión solo fue admitido por muchos expertos economistas de la corriente dominante recién en el mes de diciembre de 2008, cuando el Buró Nacional de Investigación Económica (NBER) -organización privada, sin fines de lucro, encargada de dictaminar al respecto- declaró que dicha recesión se había

iniciado desde diciembre de 2007. La actual crisis europea, que también analizan los autores, muestra que, a nivel mundial, la situación recesiva no ha finalizado.

En forma atinada hasta el último apartado, *A modo de conclusión*, porque la cuestión solo puede abordarse con seriedad después de una investigación profunda como la realizada, los docentes de la Universidad de Buenos Aires reflexionan sobre uno de las interrogantes que la incertidumbre sobre la posible evolución de la crisis actual ha vuelto a traer a la polémica de nuestros días: *La nueva gran crisis del capitalismo: ¿el eclipse de la hegemonía estadounidense?*

La pregunta es oportuna, en tanto es posible descubrir señales históricas y teóricas que parecen apuntar a la posible presencia de una crisis de hegemonía. El fenómeno ha sido estudiado desde tiempo atrás, principalmente por una corriente académica que Rapoport y Brenta examinan en la sección *Ciclos económicos y crisis: conceptos y teorías* del capítulo I. Tal como lo describen, esta escuela del pensamiento propone la existencia de "ciclos sistémicos de acumulación" que se vinculan a innovaciones tecnológicas, cambios geopolíticos y, especialmente, a la mudanza en las hegemonías a lo largo de la historia. Haciendo énfasis en este último punto, Giovanni Arrighi en su extraordinario libro *El largo siglo XX* -el cual abarca 700 años y los ciclos genovés, holandés, británico y estadounidense- ha propuesto el predominio de la expansión financiera sobre la expansión material como el rasgo más sobresaliente en la transición de una hegemonía a otra, y en particular en el país que está dejando de ser hegemónico.

En su expresión contemporánea, este fenómeno que los investigadores argentinos denominan "reinado de las finanzas sobre la economía real", se despliega en los marcos de la fase capitalista de globalización neoliberal. Iniciada alrededor de mediados de los años setenta, la globalización -conceptualizan en su texto los autores- se caracteriza por la aplicación a nivel mundial de políticas orientadas al predominio de la economía de mercado, la desregulación de la actividad económica y de los flujos internacionales de capital productivo, comercial y financiero, el disciplinamiento de la fuerza laboral, el desmantelamiento del Estado de Bienestar y el sobredimensionamiento de la esfera financiera. En este último caso, especifican, en gran parte de carácter especulativo.

Verificando también la dirección de causalidad propuesta por Arrighi, los estudiosos anotan en el capítulo III, al examinar las crisis del centro, que después del crack de la Bolsa de 1987 y la crisis de la Caja de Ahorro y Préstamos de 1989, puesto que "la economía basada en la producción seguía sin brindar las ganancias que requería el capital, este se volcó aún más a la especulación."

No obstante, y aunque reconocen que "la historia indica que los imperios no duran para siempre", así como la naturaleza crítica de la situación por la cual pasa Estados Unidos, Rapoport y Brenta piensan que la crisis desatada en el 2007, lo que muestra es el fracaso y fin de la etapa de la globalización neoliberal, en tanto que la declinación se avizora en el largo plazo, siendo lo más probable la perpetración de un nuevo "reparto" imperial.

Por lo pronto, puesta su visión en el futuro inmediato, los autores finalizan el libro -tal como sucede con toda investigación valiosa- planteando nuevos cuestionamientos y sus posibles respuestas: ¿puede Estados Unidos lograr transferir una vez más su crisis al resto del globo gracias a su supremacía militar y geopolítica -que se expresa también en su disposición del dólar como moneda hegemónica-, o esta vez la salida será una pérdida de posiciones? ¿Podrá recuperarse como en el pasado gracias, en buena medida, a circunstancias excepcionales, como las guerras; o a la posibilidad de descargar sus crisis sobre otros países; o al repentino derrumbe de sus rivales, como pasó con la ex URSS; o debido a un salto tecnológico basado en innovaciones que aún no se vislumbran?

Después de reflexionar sobre estas alternativas y ciertos de que “las crisis del capitalismo han significado siempre cambios económicos y políticos traumáticos (...) y que sin duda ya nada será igual que antes”, exhortan a aprender la lección de lo sucedido. Pero sobre todo, subrayan, “procurar que la explotación inadecuada o excesiva de las enormes riquezas del planeta no ponga en peligro su futuro y que los ingresos disponibles puedan distribuirse de una manera más equitativa entre todos los habitantes del mundo.” Así concluye este magnífico libro, que el lector atento y verdaderamente interesado en comprender las claves de nuestro presente y las dificultades del futuro que nos depara, no puede menos que incorporar a su conocimiento.

Elsa Gracida
Universidad Autónoma de México

Carlos Marichal, *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Debate, 2010, 420 páginas.

A diferencia de lo sucedido en los años noventa, cuando se multiplicaron las crisis en los mercados emergentes, la debacle actual impacta en el corazón financiero mundial. ¿Cuáles son las variables responsables de esta gran crisis? ¿Por qué los banqueros no anticiparon sus peligros? ¿Cuál será el futuro del sistema financiero global cuando pase el temblor? No es casual que Carlos Marichal se plantee estas preguntas, que atraviesan desde la introducción hasta el epílogo de su último libro *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Tales interrogantes estuvieron -y permanecen- en el centro del debate de ortodoxos y heterodoxos por igual.

El autor los retoma y utiliza como criterios-guía de una investigación en la que indaga las semejanzas entre las causas y consecuencias de las crisis económico-financieras, tanto las del pasado como la del presente, en la que muchos dudan si

se justificaba recurrir a rescates millonarios y cuestionan que los bancos centrales no hayan intentado desinflar “a tiempo” las inmensas burbujas financieras.

Historiador especializado en economía, Marichal propone un recorrido crítico por seis épocas consecutivas de la historia financiera y económica mundial. A lo largo de más de 400 páginas, el investigador mexicano toma registro del funcionamiento de la arquitectura financiera mundial, desde la primera época de globalización económica (1870/1914) hasta la Gran Recesión de 2008/2009, que produjo más bancarrotas y desempleo que cualquier otra desde los años treinta. En este marco, advierte sobre el error de haber tenido una mirada estrictamente económica a la hora de razonar sobre las variables que se conjugaron en lo que muchos analistas -con la intención de ser gráficos- definieron como “tsunami financiero”, y haber dirigido la mirada exclusivamente a América Latina y Asia.

Comienza con la debacle de 1873 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, continúa con el período de entre guerras y los factores que gestaron la Gran Depresión del treinta y luego instala la discusión acerca de los motivos que ayudaron a evitar desplomes importantes después de la Segunda Guerra Mundial. Las grandes crisis, dice el autor, marcan cambios en la arquitectura financiera internacional. La primera gran crisis mundial de 1873 impulsó el establecimiento del patrón oro, esto tuvo efectos positivos. Después de la crisis de 1929 se abandonó el patrón oro, hubo una mayor rivalidad entre naciones y menor cooperación económica y monetaria internacional. Eso llevó a la inestabilidad de los años treinta, acentuada por las rivalidades militares. La Segunda Guerra Mundial tuvo las mismas consecuencias -o peores- que las de una crisis financiera. Al final de esta ofensiva, los países vencedores decidieron establecer un nuevo sistema que pudiera garantizar estabilidad. Así lograron plasmar una serie de acuerdos, bajo el diseño Bretton Woods, que facilitaron un crecimiento sostenido en los treinta años que siguieron a la Segunda Guerra, y pocas crisis. Ello fue así, según explica Marichal, debido a la existencia de regulaciones muy fuertes. A nivel de la economía internacional, los movimientos de capitales estaban bastante regulados y había control por parte del gobierno y la banca central, más sincronizadas en el manejo de las tasas de interés.

El capítulo 4 constituye un punto de inflexión, por cuanto se centra en la última gran fase del capitalismo e indaga los orígenes de la globalización contemporánea, que comenzó con el ocaso del sistema de Bretton Woods en la década del setenta y se universalizó con la caída del muro de Berlín a fines de los ochenta. En 1971 se empezaron a liberalizar los movimientos de capitales. Los países latinoamericanos se endeudaron fuertemente, y en los ochenta el proceso se desbocó. Ello fue así, en buena medida, a causa del *Big Bang* en Londres, que implicó liberalizar el mercado financiero de manera muy notable, pero también obedeció a la aplicación de tecnología nueva. La electrónica influyó en la globalización: permitió realizar más operaciones, en mayor escala, en menos tiempo y 24 horas al día.

Marichal despliega un análisis crítico de los rasgos de la más “intensa y peligrosa” etapa de globalización y financiarización de la economía mundial, que se tradujo en colapsos bursátiles y financieros en diversos países. Tales desequilibrios presentan una particularidad, según la interpretación que se hace en este trabajo. Desde mediados de los noventa el proceso de globalización financiera se profundizó y se crearon instrumentos de inversión de alto riesgo. Este fue uno de los factores que generó las condiciones de la crisis actual. Pero, a la vez, en esa década, los expertos estudiaron -de manera casi excluyente- las crisis de los países en desarrollo. Así, trivializaron las debilidades de los mercados financieros más avanzados situados en las naciones más ricas, con la consiguiente incapacidad de prevenir los peligros del actual escenario.

La crisis de las “punto com” de 2001 no fue tomada como un aviso de la debacle de 2008, aunque generó un gran temor. Al caer todas las cotizaciones de las empresas tecnológicas, la Reserva Federal redujo inmediatamente la tasa de interés de casi 6% a más o menos el 1%. La más baja de la historia. Esto permitió que la bolsa rebotara y subiera de nuevo, a pesar de haber sufrido la peor caída desde el año veintinueve. Además, el mercado inmobiliario, que no sufrió caídas con la crisis “punto com”, siguió su camino ascendente. En ese momento, los países en desarrollo, que habían sufrido graves crisis, estaban en proceso de recuperación, mientras los países del centro experimentaban un auge enorme.

Entre el 2002 y 2006 se formaron dos burbujas gigantescas en forma simultánea -una inmobiliaria y otra bursátil- en Estados Unidos, Inglaterra y España. Según las series históricas, las burbujas bursátiles entre 1990 y 2001 y entre 2003 y 2006 no tienen precedentes. El mercado de capitales en Nueva York creció de manera extraordinaria en ese período. En 1990, el total de operaciones de Estados Unidos superaba los tres billones de dólares. Tokio tenía una cifra cercana. Francia, Alemania, poco menos. En 2005, Tokio seguía en 3 billones mientras que Nueva York estaba en 14,5 billones. El mercado de capitales de Estados Unidos era -y es- no solo el más grande del mundo, sino más grande que todos los otros mercados juntos. A eso nadie le prestó mucha atención.

En los países en desarrollo, inicialmente la crisis tuvo un impacto en la baja de los precios en la bolsa y sobre su comercio. Sin embargo, la recuperación en ambas esferas fue sustancial y mucho más rápida que en Estados Unidos y Europa. Pero sus efectos y su posterior evolución fueron desiguales en los distintos grupos de países. En China, la recuperación fue notoria, similar a la de India. Sudamérica logró una recuperación rápida. Al punto que, en algunos casos, es difícil hablar de una gran recesión. Las tasas de desempleo inicialmente aumentaron, pero luego se redujeron y la Argentina o Brasil comenzaron a lograr un aumento sustancial del empleo. En cambio, México, por su relación con Estados Unidos -a donde dirige el 80% de sus exportaciones-, ha tenido una crisis de la cual aún no sale. La peor crisis de América Latina en cuanto al desempleo y la baja en el comercio internacional.

El libro de Marichal critica la incapacidad de los organismos financieros internacionales, como el Fondo Monetario, para prever la crisis actual. Esto viene desde los años setenta: tampoco anticipó la crisis de 1982 en México ni las crisis de deudas soberanas en los demás países de América latina. Ni la crisis en México en 1994/95, ni las de Asia en 1997, ni de Rusia y Brasil en el 98. En el caso de Argentina, Marichal menciona que con el apoyo del FMI se mantuvo durante demasiado tiempo una convertibilidad fija peso/dólar, y se contrataron abundantes préstamos en el exterior para atender las deudas anteriores y enjugar los déficits públicos. El autor refiere que empresas nacionales y extranjeras protagonizaron la salida de unos 20 mil millones de dólares en 2001 (señala el caso de empresas que contrataron decenas de camiones de seguridad para sacar miles de millones de dólares al exterior antes de la caída). También señala que las autoridades del FMI exigían un fuerte ajuste, y finalmente decidieron no prestar ningún tipo de asistencia adicional a la Argentina, llevando a la declaración del *default* de la deuda pública por parte del gobierno nacional.

El economista mexicano supone que luego de esta crisis ya nada será como antes, y prevé un futuro con grandes interrogantes y contradicciones. Por un lado, el ajuste fiscal necesario para cubrir el déficit en que incurrieron los tesoros para rescatar al sistema financiero se contradice con la ampliación del gasto público que requiere la atención del desempleo y la seguridad social. Por el otro, advierte acerca de la gran tentación para los países endeudados -hoy, los del mundo desarrollado- de depreciar sus monedas y generar inflación para depreciar el valor de su deuda, perjudicando a los acreedores. También pronostica dificultades para los países en desarrollo, de conseguir financiamiento en los mercados internacionales, dadas las elevadas deudas del mundo avanzado.

Otro de los cambios que visualiza Marichal es la acentuación del rol de los Estados nacionales, una mayor conciencia acerca de la necesidad de regulaciones bancarias y financieras, y también una mayor coordinación entre los países para establecer estrategias, como la que está llevando a cabo el G-20, para contener la inestabilidad que acarrearían nuevas crisis sistémicas.

Por último, el investigador mexicano pone el foco sobre la relación entre el componente social y los mercados financieros, llamando a una suerte de educación financiera de los ciudadanos, ya que cada vez más casi todo el mundo usa los mercados financieros y muchos dependen de él -directa o indirectamente-, lo que requiere de mayor conocimiento acerca de su funcionamiento y riesgos.

El libro cierra apelando a la necesidad de tener en cuenta que las nuevas regulaciones del sector financiero no sólo deben apuntar a fortalecer la estabilidad del sistema económico, sino también a mejorar las variables fundamentales de la población de todas las naciones: la salud, la educación, la alimentación y la erradicación de la pobreza. En suma, el autor convoca a discutir más a fondo y con urgencia los desafíos imperativos del futuro.

Natalia Aruguete
Conicet-UNQ

